

Estampas de España

TOLEDO, ALMA DE CASTILLA

He venido a Toledo en varias ocasiones para saborear espasmosamente el encanto de sus piedras centenarias. He visto el Alcázar a la luz de la luna; he cruzado el puente de Alcántara bajo menuda lluvia de otoño; y he contemplado la vega, asombrada por las aguas del Tajo, desde el Mirador, cornisa abierta a la céntrica que avienta la península castellana en el rigor del invierno.

¿Has visto la ciudad maravillosa — inmersa en acción toda ella — en días estífrados. Un sol de fuego alumbró el paisaje. Y bajo el sol vernal, flameante sobre las eras recién segadas, Castilla es más Castilla. El azul grisáceo de las lejanías se difumina en un cielo de cristal; el oro pálido de las parras redime a la tierra llana de esa leyenda de ser yema que tanto la oprime. Austero, pardo, Castilla conserva, entre los conos azules de su sierra y la capa extendida de su meseta, una sombra alebrotada de misterio. Naturalista sobria, teñida de pinceladas oscuras, violetas y parduscos, finca una pobreza que en verdad no existe. Tierra labradora, tierra pacífica, sus espigas de buen trigo la convierten en panera de España. No hay árboles en el horizonte. Únicamente resalta sobre el esmalte del cielo las norias girando la rueda de sus cañigones dentro del agua, al impulso de un caballo viejo o de un berriguillo, vendados y unidos a la ergástula.

El sol castrillo en la llanura y aprista con cintas de fuego esta sensación de sed. Las aguas verdoscuros del Tajo anuncian la cercanía de Toledo, y ya en las eminencias, albean los muros de los cigarales, con cruz campestre, circundados de un buerto; andaluzas, y por tanto morunas, en su aspecto.

Toledo está frente a los ojos, elevada, soñera, como un castillo roquero. El río le ciñe las plantas como en un abrazo que la apacigua. El puente de Alcántara se ofrece cual un puente levadizo, imprimiéndole a la areola ciudad un aire feudal de fortaleza. El color de las murallas, de la empinada cuesta, de las techumbres desmenuzadas junto a la ribera, y el propio castillo de San Fernando, hablan de un arcilla. Exhale amargura por dentro alfilerito. A la luz solar, flamígera, enciende, las propias piedras cobijan un blanco de vértices esculpidas.

¿Quién no soñó con la imperial Toledo? ¿Quién no evoca las gloriosas tradiciones de la villa histórica donde la Cruz y la Media Luna libraron combate, poniendo en pugna a Oriente y Occidente? Myra y cristiana, los católicos campanarios mezclan sus perfiles con el contorno heroico de las sinagogas. El morado pendón de Castilla alternó en eilen luchas con la bandera verde del Profeta. Cada piedra, cada forja, cada amulejo polvoriento trae al recuerdo viejas epopeyas que hicieron de Toledo codiciado baluarte.

Carlos V dejó huellas de su poderío en la fábrica soleada del Alcázar. En este antiguo palacio del siglo XVI, remozado, reconstruido, campea el arresto marcial de otras edades. La España que venciera en Flandes y en Nápoles; conquistadora y colonizadora en América, guarda en el Museo instalado en las galerías bajas, preciados trofeos, armaduras, piezas de armón, estandartes, encolados arneses y cuadros aludivos a las guerras que hicieron grande a la heroica milicia hispana.

La fachada principal, como el patio y la escalera, acusan la personalidad de Covarrubias, Herrera y Villalpando, artistas en la piedra, el mármol y el hierro. Me detengo a contemplar el palacio, que me parece un tanto hermano en su aspecto al monasterio de El Escorial. Situada frente a una explanada se domina desde ella la vega y el Tajo. La línea del edificio es severa, sobria; dos torreones salientes con rejas de forja, elevan sus techos atados de pizarra y tejuelas de plomo, coronados por finas veletas.

En escalinata, hay unos jardines que parecen descender en busca de las aguas del río. La visión del paisaje, sereno, apacible, comunica al ánimo una sensación solemne y augusta.

Vuelvo al Museo, aspirando el primer herolco de lejanas épocas.

En la amplia nave, entre armaduras y yelmos, admirando un bosquecillo de banderas desgarradas, hay un anciano de bizarra presencia. Es alto, delgado, vestido de negro, con limpia retén. La barba en punta, con hebras de plata, enmarca un rostro pálido. Los ojos son hermosos, dulces y dolientes en el mirar. Yo le he visto antes que ahora. No ha desmenuzado los labios, pero me parece haber oído el acento de sus palabras, la vibración de sus ideas nobles, caballerescas, quizás una boca de algún personaje cervantino. ¿Acaso el Greco en sus telas de hidalgos, no pintó hombres como este?

Me llama la atención, y le sigo con la mirada. Este anciano, de facciones perfiladas, de manos nerviosas y blancas, que debieran resaltar su marfil, garabateado de venas azules, en el terciopelo de un jubón, tiene en las pupilas una luz ferrocera.

Le hablo, buscando un pretexto y pronto le oigo ensayar a Toledo. El lo ama y admira. No lleva título de nobleza, pero sus apellidos son rancios y sobre el portal claveteado de su casa hay amias de viejo señorío. Fue militar, de joven, después se dedicó a las letras, y es autor de crónicas históricas y biografías de catedrales castellanas.

Es decir, alternó la pluma y la espada, como los hombres del siglo de oro.

Don Fernando — que así le llamaremos — me brinda su compañía.

—Venga usted conmigo y verá Toledo. No se esfuerce en captarlo todo de una vez. Las emociones estéticas hay que percibir las lentamente, una a una y nunca de golpe y en tropel. Yo le subrayaré con mis palabras las visiones de mayor interés.

El hidalgo me conduce a la ciudad que comienza a cubrirse de sombras.

Vuelan voces de bronce, de los campanarios, y la luna emerge al fondo de la vega, como un escudo de plata, traslucida aún en medio de los carmines del anochecer.

Voy contemplando la enmarañada red de calles, empinadas, torcidas; cada puerta nos detiene. Difícil que todas tienen un sello inconfundible de belleza. El arco fino moruno; las bolas claveteadas con estrellas de cobre y hierro, los postigos que dejan entrever zaguano, vestidos de arulejos; la visión súbita de un patio, que trae a la imaginación escenas orientales. Y rejas azladas, con eses de forja, con óvalos

Por
Edgardo Garrido
Merino

y cruces renacentistas; imprugnadas del abolengo de la rejería, ese arte que hizo florecer el hierro en manos de los artífices.



LA CATEDRAL DE TOLEDO

Hay que vagar por Toledo, perderse en el dedalo de sus calles con sabor morisco, dejar al instinto de la orientación que se desarrolle entre los vericuetos y alrva de hilo de Ariadna para volver al sitio de partida. ¿Qué de rinconadas, de recodos, de plazoletas, de callejas sin salida! ¡Y cuánta, fachada prístina, de palacio o de iglesia! ¡Aquí la Magdalena, más allá la Parroquia de Santa Justa con dos imágenes bajo un tejador de vigas labradas. El

palacio de doña Inés de Ayala, con sus dentados arcos; las posadas de la Hermandad y de la Sangre; el Hospital de Tavera, en cuya iglesia se guarda el sepulcro de un cardenal. Y el Cristo de la Vega, de estilo mudéjar célebre por la leyenda que Zorrilla le dedicó, y el Cristo de la Luz, antigua mezquita árabe.

Esta peregrinación va dejando en el ánimo un sedimento de melancolía. Toledo es demasiado grande y glorioso como para no sentir congoja al pensar que todo poderío y grandiosa murio entre sus muros, convirtiéndolo en recuerdo de un tiempo incomparable.

Voy saboreando uno a uno, los nombres poéticos y extraños de calles y travesías.

Plaza de la Ropería, calle de la Plata (donde los plateros judíos tuvieron antaño sus tiendas); de la Sal; del Hombre de Palo; Plazuela del Solarejo; Cuesta de Pajaritos; callejones del Codo, del Alarife, de los Usillos sin Salido; travesía del Horno de los Biscochos; calle de la Lechuga, calle de la Chapinería... Todo sabe a leyenda. El romance popular de los pasados siglos tiene aquí una luz amortiguada y propia; arde cual llama votiva en los vasos de los lamparillos que irradian de fervor dentro de las hornacinas.

Una de ellas, la más típica, se encuentra en la calle de los Alfileritos. Se abre en el muro desconchado de rancia casona, tras tupida reja. Un lienzo de la Dolorosa con el pecho atravesado por los siete puñales. El fondo azul tachonado de aéreas estrellitas. Una luz dormida, interior, alumbró la imagen, que detrás de la reja parece una linda mona aguardando su cortejo. Por entre los hierros, agulando la tradición, todas las toledanas que ansian novio, arrojan alfileritos. La virgen está rodeada de finos acortijos, que brillan agudos. Los hay con cabecitas de

cristal, alegres, pimpantes, como sellados de un corpillo fresco de mujer; otros tienen la cabeza negra, enlutada y hablan de doncellas que ya supieron del dolor de la muerte. ¡Virgen de los Alfileritos, ampara a las moctas toledanas que dejan en tu reja las espigas de sus anhelos y pesares! Acerca místico, a tu corazón de Dolorosa se prenden esos alfileres de esperanza.

La Catedral, indescriptible en su grandiosa. Es un testimonio elocuente de la personalidad de Castilla, influyendo en el estilo gótico del siglo XIII. El mudéjar, el greco-romano, el plateresco, dejan en los altares la expresión de sus opuestas corrientes artísticas. El sol penetra en haces coloridos por las vidrieras de sus innumerables ventanales.

Retablos barrocos, alfileras de oro, talladas por notables artífices, rejas labradas por Francisco de Villalpando; obras maestras de Berruete, de Felipe de Borgoña y Rodrigo Alemán, forman el tesoro de los altares y capillas de este magno templo. Oros, marfiles, alabastro, maderas estofadas, hierros adamascuados, llenos del Greco, pinturas murales de Lucas Jordán, constituyen un patrimonio espiéndido. Entre las columnas resalten leyendas e históricas inscripciones. No es posible retener tanto detalle.

Encamino después mis pasos a la Sinagoga del Tránsito. Ya de mañana visité Santa María la Blanca, con su bosque de columnas y su alcaicada yesería. La vieja mezquita, cristianizada por el arte católico, continúa siendo árabe; silenciosa, alba, fresca como un algibe, todas sus líneas hablan del poderío que los califas tuvieron en la península.

Esta Sinagoga del Tránsito es más arcaica aún. La mandó edificar Samuel Levi, tesoro del Rey don Pedro, en el siglo XIV. Abandonada, los gorriones entran por los huecos de las ventanas y hacen ruido entre sus vigas. El suelo conserva historiadas losetas, y en lo que fue más tarde altar cristiano, resalta un friso de esculpidos arabescos, entre los que campean algunas inscripciones hebreas. Todavía se mantiene la tradición morisca de hacinar tomo en el ara de los sacrificios. Huele a hierba casi marchita, y el plar de los pájaros es la única sensación de vida que se recoge bajo estos arcos desnudos.

Por la calle de Samuel Levi me dirijo a la casa y Museo del Greco. En la sala donde se exhiben los llenos del célebre pintor, admiro el arte del místico griego. ¡Cómo pudo comprenderse del alma española?

El candioja se hace toledano, y el espíritu de los santos, hecho llama estremecida, se alarga en estos semblantes enjutos y pálidos. Todos estos apóstoles y eremitas son hermanos en lividez. Los ropajes se pliegan armoniosos, con colores maduros: verdes, granas, azules. Las barbas con destello de nieve; los ojos penetrantes, agudos; los labios enervizados en un gesto semidoliente.

La casa del Greco, reconstituida con tacto exquisito, es la misma que edificara Levi, el rico judío. Allí vivió Theotocopuli, nada menos que treinta y siete años. Aun se manifiesta la capilla cristiana que el genial artista elevó entre los muros de la casa hebrea. La cocina posee el lar bajo campana de piedra; y rancia cerámica toledana y libros con recetas, en tómodo pergamino, le dan carácter de época.

Pero si el Greco está aquí en sus mejores telas, más aliente aún en "El enterramiento del conde de Orgaz"...

Presurosos vamos hacia Santo Tomé, antes del anochecer. Allí me prosterno espiritualmente, ante la obra inmortal del Greco. ¡Cómo me arrebó, cómo me extiendo frente a la noble figura del señor de Orgaz, rodeado por una teoría de hidalgos y apóstoles!

De noche casi llegamos a San Juan de los Reyes. La luna roja, lúna de Oriente, alumbró la vega. Entre escarpas bravías el Tajo ondula sus aguas, en las que abrevan algunos toros de lidia.

La fábrica gótica de la Iglesia pregonó la grandiosa de los Reyes Católicos. En el muro exterior, cerca del pórtico, penden cadenas que pertenecieron a cautivos, libertados durante la conquista de Granada.

Allí dentro, en esa nave blanca hoy desierta, se celebró con pompa el Descubrimiento de América. ¡San Juan de los Reyes! Hoy duermen tu andena. ¡Está muda la lengua de bronce de tus campanas, ya no arde la cera en los altares, ni nadie rema bajo tus arcos, ni se oye la espuela del guerrero en tus losas, ni el canto litúrgico de tus arcedianos! Todo ha caído en tristeza y olvido. Entre la floración de las reales coronas, en los gigantes, escudos de Isabel y Fernando, y sobre las calcezas de piedra de los arcángeles, sólo se percibe el auren melancólico, —voz de ruina— de las palomas que se albergan en la techumbre.

Al salir extendiendo mi bastón con ademán dramático y hago removerse una de las cadenas de los cautivos. Resuena como un gemido. Pensativo, retorno a la ciudad imperial, viendo cómo la luna pone temblores de plata en los muros y portales.